

La paz como una apuesta de construcción de movimiento social

Por **Angélica Tatiana Cortes Vargas**¹

Aunque las nuevas opresiones no deben hacer perder de vista las viejas opresiones, la lucha contra aquellas no se puede hacer en nombre de un futuro mejor en una sociedad por construir. Al contrario, la emancipación por la que se lucha, tiene como objetivo transformar lo cotidiano de las víctimas de la opresión aquí y ahora y no en un futuro lejano
(Boaventura de Souza, 2011)

Los movimientos sociales, acciones colectivas llenas de simbologías, identidades y sentidos, son consideradas por los sujetos transformadores o en búsqueda de la transformación como actores, proyectos y escenarios de construcción de sueños, caminos, metas y, sobre todo, logros, que llevan –o por lo menos eso se cree– a la búsqueda de una sociedad más justa, en la que prevalecen la vida y los derechos.

Las razones por las que los actores sociales se organizan son infinitas, van desde la reivindicación de un derecho, hasta la exigencia de una transformación del sistema social, del mismo modo las formas de actuar son diversas y dependen de varios factores. La configuración de las luchas y reivindicaciones sociales, se dan en el marco de la construcción de un movimiento social, “el movimiento social es la acción, a la vez culturalmente orientada y socialmente conflictiva, de una clase social definida por su posición dominante o dependiente en el modo de apropiación de la historicidad, de los modelos culturales de inversión, de conocimiento y moralidad, hacia los cuales él mismo orienta” (Touraine, 1987). De esta manera, los movimientos sociales se convierten en agentes de los conflictos estructurales de un sistema social que, en el caso latinoamericano, es un conflicto contra el sistema de dominación, desigualdad y represión. La configuración de estos movimientos, es la respuesta de la llamada acción colectiva “la acción colectiva es siempre fruto de una tensión que disturba el equilibrio del sistema social. La tensión produce creencias generalizadas que movilizan la acción y buscan restablecer el equilibrio del sistema” (Melucci, 1999). En nuestro caso colombiano, asistimos a un momento histórico determinante: el fin del conflicto armado con una de las más viejas insurgencias (FARC-EP) lleno de conmoción, incertidumbres y anhelos. Sin embargo, lo cierto es que la promesa de la paz, aún se ve enlodada por un conflicto social que parece profundizarse, en el que los movimientos sociales siguen en la disputa por cambiar las asimetrías de poder y la correlación de fuerzas. Sin embargo, lo que acá vale la pena preguntarse es cuáles son las expresiones, retos y formas de los movimientos sociales.

Iniciaré con un elemento que, a simple vista, puede ser una de las características más visible: el movimiento social (MS) como una masificación o encuentro amplio de apuestas colectivas. Sin duda el MS, como expresión, precisa recoger cantidades –sin ánimo de cuantificar– de voces, rabias, miradas y sentires que lo constituyen por ser de muchas y muchos. Es por esto que no podemos ver el MS como una estructura que ocupamos, como una máquina o un caballo de Troya. El movimiento es una aglutinación más que un instrumento, necesita la presencia de cantidades, ser masivo, ser amplio como condición inherente. Para ello, es necesario tener en cuenta los actores partícipes de estos movimientos sociales, pues ellos son la base que construye la acción conjunta y que forjan un comportamiento colectivo teniendo en cuenta una identidad común.

¹ Estudiante de la Licenciatura en Educación Comunitaria con Énfasis en Derechos Humanos de la Universidad Pedagógica Nacional. Correo electrónico: lec_atcortesv146@pedagogica.edu.co.

Los sujetos, son sujetos históricos como señala Rafael Sandoval: “detrás de cada individuo hay una historia de vida, de militancia, de relaciones sociales dominantes, de represión política y diferencias de género, de generación, de ideología, de cultura política y de clase social, entre otras dimensiones de la subjetividad” (2009), por lo cual hay que apostarle a reconocer subjetividades y enfocarlas en la construcción de hombres y mujeres críticos, en sujetos colectivos que, a través de la práctica consciente, construyan la historia futura, “la subjetividad consiste en exigirnos el reconocimiento de la ‘necesidad de conciencia’, de la ‘autoemancipación’” (Sandoval, 2009).

Por otro lado, se nombraba la *identidad colectiva* como un elemento característico de los MS, en cuanto forma de juntar la diversidad en reivindicaciones conjuntas o apuestas colectivas. Resulta fundamental reconocer que la masificación de voces y su diversidad no son del todo descohesionadas; por el contrario, adquieren un sentido cuando se unen en torno a objetivos concretos; esta acción es intervenida de manera fuerte por los fenómenos emocionales de los sujetos, de esta manera se crean imaginarios que se fortalecen para conformar lo que llamamos identidades colectivas. La identidad de los MS no solo juega el papel de lograr la unidad de la diversidad, sino que, a su vez, se encarga de producir y reproducir sus ideales, propósitos y accionares, buscando garantizar la pervivencia de los mismos y la aglutinación de más personas; para esto, necesita ser capaz de irrumpir en la cotidianidad y permitirse ingresar a otros lugares de la sociedad.

En la acción colectiva no solo intervienen los sentimientos y las emociones; en ella hay toda una serie de interacciones de objetivos, recursos y dificultades, que hacen parte de una orientación conjunta construida por los actores sociales; es por ello que, para llevar a cabo de manera analítica y reflexiva esta construcción de orientaciones y decisiones, es necesario tener un nivel mínimo de organización; pues, este permitirá no solo un orden o una pequeña estructura de funcionamiento, sino que también fortalecerá los espacios analíticos, reflexivos y formativos necesarios para llevar a cabo esta acción colectiva.

El papel de la cultura es y ha sido destinado al de imponer imaginarios, formas de ser y formas de relacionarse entre sujetos y de ellos con la realidad, en el que la *alienación*, la *falsa conciencia* y la *mistificación* han contribuido a la instauración de una ideología dominante.

Por último, señalaré un aspecto que considero también característico de los movimientos sociales, la *innovación* y la *creatividad* de las formas de hacer y pensar-ser ideas y propósitos. Los procesos organizativos hoy se vienen enfrentando al reto de crear y recrear formas de accionar y de permitir captar la atención de la sociedad. No es posible en estos momentos hablar de movimientos sociales a-políticos, como no es posible hablar de política sin cultura o cultura no política; por lo que resulta fundamental pensarse los movimientos más allá de un ejercicio político, como un ejercicio cultural, social, de identidades, de subjetividades, de construcción de ideales y la defensa de los mismos. Lo característico de las luchas y reivindicaciones en América Latina, tiene que ver con la infinidad de prácticas sociales que se gestan, y la diversidad de producción teórica que se construye al respecto. Las luchas se pintan de varios colores:

Por el reconocimiento, ejemplo de esto son los indígenas zapatistas del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) [Chiapas, México], la lucha de las mujeres de la organización Bartolina Sisa en Bolivia, la lucha LGBT en diferentes países, las reivindicaciones de los derechos de los animales, entre otras.

Por la defensa de la tierra y los territorios como el Movimiento de Trabajadores Sin Tierra (mst) [Brasil] por la defensa de la tierra y la Cumbre Agraria en Colombia por la búsqueda de una política agraria justa y que reconozca al campesinado, etc.

Por la reivindicación de derechos, con el Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) [Argentina] en defensa del trabajo, los movimientos de ocupaciones en varias ciudades, entre otros.

Por la transformación del sistema, como las diversas expresiones antisistémicas en el mundo.

Hay un sinnúmero de propuestas de construcción de “mundos diferentes” donde prevalecen los derechos de los pueblos sobre los intereses del capital. La variedad de prácticas sociales en América Latina marca una importancia como alternativa económica, política y de vida para los pueblos latinoamericanos y como una esperanza para el mundo en general. La práctica social y la teoría política son fundamentales para gestar nuevas luchas y nuevos actores sociales que construyan acciones colectivas más contundentes y sobre todo conscientes.

Ahora bien, si los anteriores elementos constituyen parte de lo que es un movimiento social, queda cuestionarnos si las experiencias que vemos hoy en día en el panorama nacional e internacional y que comparten estos elementos pueden ser considerados movimientos sociales. Y frente a las experiencias, me refiero a momentos claves que vienen presentándose, en los que, en los procesos de toma de decisiones, la cultura política se presenta de formas tan diversas, al parecer descohesionadas pero con gran capacidad de incidencia. Ejemplo de ello, podrían ser las últimas acciones encaminadas por el movimiento social colombiano, en su reto de apostarle a la construcción de la paz, a la exigibilidad de esos cambios en un país que pasa de la guerra, a la paz; pero, con grandes dificultades en un marco de incumplimiento frente a las garantías por parte del Gobierno, las cuales genera muchos temores no solo por la insurgencia de las FARC, sino también por el resto de la sociedad; esto frente al escenario de posacuerdo.

Un ejemplo concreto de una de las acciones encaminadas por el movimiento social colombiano fue su participación para las votaciones del plebiscito. Allí la pregunta es qué tanto de movimiento social influyó en los resultados del plebiscito por la paz. Lo cierto es que el resultado del plebiscito del 2 de octubre de 2016, en el que más de la mitad de los colombianos aptos para votar decidieron ausentarse de las urnas y permitirse no hacer parte de la toma de esta decisión y un poco más de la mitad de los que sí votaron decidieron hacerlo por el ‘no’ y frenar un proceso, una batalla que se venía dando desde hace varios años, se constituyó como una nueva forma de hacer política, que vale la

pena ser reconocida, sobre todo por su masividad y el alcance de su incidencia. Sin embargo, la idea central del texto no es profundizar en esto, sino intentar caracterizar estos sucesos en lo que podría denominarse acciones colectivas de nuevos movimientos sociales –si es que en realidad lo son–.

Podría señalarse que lo anterior parece característica propia de un movimiento social: amplio (el de los pobres) y culturalmente diverso pero no distinto. Sin embargo, me detendré en si aquello que esos “otros” hacen –como no votar y demostrar de esta manera su inconformidad– puede ser elemento constitutivo de una apuesta colectiva o solamente una muestra de una “nueva cultura-política o política-cultural” que viene emergiendo desde la negación de todas estas antiguas formas de representación, organización y acción. Sin duda, resulta necesario central la atención, no en los resultados que arrojaron los sufragios, sino en la respuesta más contundente de toda una masa que se niega a legitimar las actuales formas de representación de una democracia que ya no sienten, que ya no imaginan.

Es por esto que se precisa resignificar de valor los espacios no formales de representación y de cultura popular, diferentes a los impuestos en un sistema de dominación donde, como propone Gramsci (1972), se apueste por la hegemonía como estrategia de empoderamiento de los sujetos con su realidad y donde la realización de una reforma moral e intelectual, como un proceso de aprendizaje social y la construcción del consentimiento activo permita el *“establecimiento de una equivalencia entre fuerzas materiales y elementos culturales dentro de una visión integrada de la sociedad”* (Dagnanino, 2010), lo que permitiría transformar la manera de pensar la relación entre la cultura y la política, llegando a la realidad de esta sociedad, a lo cotidiano de los colombianos. Sin embargo, para esto es necesario que los sujetos reconozcan el territorio como un espacio de interacciones humanas, conflictivas y edificadoras, capaz de intervenir en las dimensiones del derecho, el poder y el conocimiento. Reconocerse sujeto histórico, pasa por legitimar la existencia de una sociedad civil como terreno de lucha política, donde los sujetos de naturaleza plural y heterogénea son capaces de “construir desde la base de una voluntad colectiva, expresando la búsqueda de una unidad dentro de la diversidad” (Dagnanino, 2010), ampliando el terreno de lucha política hacia una verdadera transformación social que recoja la voz de todos, desde los espacios que más reconocen, desde lo que se vive día a día, desde lo cotidiano.

Entender la revolución, no como la disputa del poder del Estado, sino como, y en palabras de Gramsci “un proceso del cual la reforma intelectual y moral es parte integral, y no consecuencia posible” (1975), en síntesis, sentir-ser parte de la construcción de la realidad, es identificar que en mi saber y en el saber de otros y otras está la posibilidad de construir el territorio, la política y el conocimiento, es decir, construir hegemonía. Pues, no podemos seguir concibiendo la misma forma homogénea de hacer política, el momento histórico que nos tocó vivir es otro, mediado por un sinnúmero de aspectos que claramente determinan este accionar.

Así mismo, es importante revisar otras experiencias que se presentan en el continente y que pueden constituir esas “nuevas culturas-políticas”, como las elecciones de presidencia en Estados Unidos, el crecimiento de la oposición en Venezuela, el paso de Gobiernos “democráticos” a repuntadas de la derecha en países como Brasil y Argentina, entre otros. Pues estos, sin duda, son ejemplos de cómo se viene configurando una nueva idea de construcción de la política en la sociedad, que ya no va de la mano de la construcción de la *democracia* –o por lo menos no de la que nosotros concebimos–, sino de la puesta en marcha de acciones concretas que, tal vez, tienen como interés mayor la búsqueda del desarrollo capitalista y neoliberal, que la construcción de sociedades incluyentes, justas y diversas.

De esta manera, se encuentra el problema frente a la concepción de la democracia, en tanto esta ya no se adapta a los viejos modelos homogéneos, en los que es percibida como el cumplimiento de unos derechos únicos e iguales, y que no contempla en su esencia la diversidad y el pluralismo de identidades que en el mundo aparecen y que en el sistema de dominación parecieran no ser identificados. Con ello, el desenvolvimiento de la lucha democrática adquiere un nuevo significado en tanto que sus actores (los sujetos políticos y la sociedad civil) entran en disputa de nuevas y novedosas exigencias para sus nuevas y novedosas formas de ver el mundo, nos enfrentamos a “nuevas formas de pensar-sentir-actuar en un mundo sacudido por agitaciones diversas, en que parece que todo lo sólido se desvanece en el aire en una vertiginosa transformación” (Najmanovhich, 2001).

Aparecen entonces, como retos principales, inicialmente, romper con el autoritarismo cultural y político de algunos sectores políticos que le apuestan a la transformación social, y demarcar una visión distintiva y amplificadora de las formas de hacer política. Para esto es necesario reconocer y permitir la constitución de sujetos (políticos) que se expresan en la vida cotidiana con nuevas manifestaciones socioculturales, reconociendo que “la subjetividad no puede ser un carozo, una estructura fija, un núcleo estable e independiente” (Najmanovhich, 2001), sino que debe apostarle a lograr una *unidad cultural y social*, a través de la integración de diversas voluntades, intereses y metas que se encuentran dispersas en la cotidianidad, pero que pueden confluir en un propósito colectivo sobre la base de un *ideal de mundo común diverso y transformador*.

Apostarle a la construcción de acciones políticas conjuntas, que conserven la autonomía de las identidades de los sujetos que, a su vez, se arriesguen a conformar identidades colectivas y que partan del reconocimiento de los saberes y las experiencias personales, permitirá disputar las fuerzas materiales en el campo del conocimiento. Encontrar nuevos significados de la cotidianidad y ser capaces de mistificar las acciones colectivas, construirá un nuevo campo ético/político de lucha y disputa material. La conciencia colectiva de saber cómo ser protagonistas de las transformaciones en los barrios, en las calles y en la vereda es una herramienta fundamental que forja este nuevo principio ético-político mediante la estructuración de una solidaridad diseñada colectivamente y socialmente. De esta forma, se ampliará la concepción de ciudadanía más allá de la garantía de “servicios sociales”, hacia el reconocimiento de la igualdad y la dignidad humana y de los derechos sociales en su complejidad.

Todo esto puesto en marcha, permitiría construir, de manera sólida, movimientos sociales capaces de accionar colectivamente en búsqueda de la transformación, a través del reconocimiento de una cultura política que parta de la realidad y que tenga como base el principio ético-político de la movilización de que todas las conquistas históricas de los derechos se han llevado a cabo porque esos nuevos sujetos han constituido identidades, y formas nuevas de accionar de disputarse la vida y la dignidad colectiva. Y más ahora, cuando en nuestro país le apostamos a contar otra historia. Una historia de paz, y esto no va a ser posible, sino los hacemos desde el encuentro, desde la diversidad y desde la construcción de esas múltiples formas de ver el mundo y querer habitarlo. Un mundo en donde ser diferente no implique más la muerte.

Referencias

- Dagnanino, E. (2014). *Cultura, ciudadanía y democracia: los discursos y prácticas cambiantes de la izquierda latinoamericana*. Buenos Aires: Ediciones Boll Cono Sur.
- De-Sousa-Santos, B. (2008). *Las paradojas de nuestro tiempo y la plurinacionalidad*. Recuperado de http://constitutionnet.org/sites/default/files/boaventura_sousa_santos.pdf.
- Gramsci, A. (1972). Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Gramsci, A. (1975). El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce. México: Juan Pablos.
- Melucci, A. (1999). Teoría de la acción colectiva. En: *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia* (pp. 25-54). México: Editorial del Colegio de México.
- Najmanovhich, D. (2001). Pensar la subjetividad: complejidad, vínculos y emergencia. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 14, 106-111.
- Sandoval-Álvarez, R. (2009). *El Zapatismo urbano: ambigüedades en la emergencia de una nueva subjetividad*. Guadalajara: Instituto de Antropología e Historia.
- Touraine, A. (1987). *El regreso del actor*. Buenos Aires: Eudeba.
- Wills-Obregón, M.- E. (2015). *Los tres nudos de la guerra colombiana: un campesino sin representación política, una polarización social en el marco de una institucionalidad fracturada, y unas articulaciones perversas entre regiones y centro*. Recuperado de <http://www.altocomisionadoparalapaz.gov.co/mesadeconversaciones/PDF/los-tres-nudos-de-la-guerra-colombiana-1447173574-1460381073.pdf>.